

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 232

LOS ESTIGMAS DE LA MEDIOCRIDAD

José Ingenieros
1877-1925

José Ingenieros (nació en Palermo, Italia, el 24 de abril; murió en Buenos Aires, Argentina, el 31 de octubre) fue un destacado médico, psiquiatra, escritor, filósofo y sociólogo a quien se le consideró, en su tiempo, uno de los intelectuales de mayor peso en la cultura argentina y latinoamericana. Algunas de sus obras más importantes, son: El hombre mediocre (1913), La sociología argentina (1913), Principios de psicología (1913), Hacia una moral sin dogmas (1917) y Los tiempos nuevos (1921).

En el verdadero hombre mediocre, la cabeza es un simple adorno del cuerpo. Si nos oye decir que sirve para pensar, cree que estamos locos. Diría que lo estuvo Pascal si leyera sus palabras decisivas: "Puedo concebir un hombre sin manos, sin pies; llegaría hasta concebirlo sin cabeza, si la Experiencia no me enseñara que por ella se piensa. Es el pensamiento lo que caracteriza al hombre; sin él no podemos concebirlo" (*Pensées*, XXIII). Si de esto dedujéramos que quien no piensa no existe, la conclusión le desternillaría de risa.

Nacido sin *esprit de finesse*, se desesperaría en vano por adquirirlo. Carece de perspicacia adivinadora; está condenado a no adentrarse en las cosas o las personas. Su tontería no presenta soluciones de continuidad. Cuando la envidia le corroe, puede atornasolarse de agridulces perversidades; fuera del tal caso, diríase que la suavidad de su candor no presenta una sola mancha de ingenio.

El mediocre es solemne. En la pompa grandilocua de las exterioridades busca un disfraz para su íntima oquedad; acompaña con blanda retórica los mínimos actos y pronuncia palabras insustanciales, como si la humanidad entera quisiese oírlos. Las mediocracias exigen de sus actores cierta seriedad convencional, que da importancia en la fantasmagoría colectiva. Los exitistas lo saben; se adaptan a ser esas vacuas "personalidades de respeto", certeramente acribilladas por Stirner y expuestas por Nietzsche a la burla de todas las posteridades. Nada hacen por dignificar su yo verdadero, afanándose tan sólo por inflar su fantasma social. Esclavos de la sombra que sus apariencias han proyectado en la opinión de los demás, acaban por preferirla a sí mismos. Ese culto de la sombra los obliga a vivir en continua alarma; suponen que basta un momento de distracción para comprometer la obra pacientemente elaborada en muchos años. Detestan la risa, temerosos de que el gas pueda escaparse por la comisura de los labios y el globo se desinfla. Destituirían a un funcionario del Estado si le sorprendieran leyendo a Boccaccio, Quevedo o Rabelais; creen que el buen humor compromete la respetuosidad y estimula el hábito anarquista de reír.

H

Octubre 10 de 2006

Academia de Humanidades FES-Acatlán

Constreñidos a vegetar en horizontes estrechos, llegan hasta desdeñar todo lo Ideal y todo lo agradable en nombre de lo inmediatamente provechoso. Su miopía mental les impide comprender el equilibrio supremo entre la Elegancia y la Fuerza, la Belleza y la Sabiduría. “Donde creen descubrir las gracias del cuerpo, la agilidad, la destreza, la flexibilidad, rehúsan los dones del alma: la Profundidad, la Reflexión, la Sabiduría. Borran de la historia que el más sabio y el más virtuoso de los hombres –Sócrates– bailaba”. Esta aguda advertencia de Montaigne, en los *Ensayos*, mereció una corroboración de Pascal en sus *Pensamientos*: “Ordinariamente suele imaginarse a Platón y Aristóteles con grandes togas y como personajes graves y serios. Eran buenos sujetos, que jarañaban, como los demás, en el seno de la amistad. Escribieron sus leyes y sus retratos de política para distraerse y divertirse; ésa era la parte menos filosófica de su vida. La más filosófica era vivir sencilla y tranquilamente”. El hombre mediocre que renunciara a su solemnidad, quedaría desorbitado; no podría vivir.

Son modestos, en principio. Pretenden que todos lo sean, exigencia tanto más fácil por cuanto en ellos sobra la modestia desde que están desprovistos de méritos verdaderos. Consideran tan nocivo al que afirma las propias superioridades en voz alta, como al que ríe de sus convencionalismos suntuosos. Llamen modestia a la prohibición de reclamar los derechos naturales del genio, de la santidad o del heroísmo. Las únicas víctimas de esa falsa virtud, son los hombres excelentes, constreñidos a no pestañear mientras los envidiosos empañan su gloria. Para los tontos nada más fácil que ser modestos: lo son por necesidad irrevocable; los más inflados lo fingen por cálculo, considerando que esa actitud es el complemento necesario de la solemnidad y deja sospechar la existencia de méritos pudorosos. Heine dijo: “Los charlatanes de la modestia son los peores de todos”. Y Goethe sentenció: “Solamente los bribones son modestos”. Ello no obsta para que esa reputación sea un tesoro en las mediocracias. Se presume que el modesto nunca pretenderá ser original ni alzar su palabra, ni tendrá opiniones peligrosas ni desaprobará a los que gobiernan ni blasfemaré de los dogmas sociales. El hombre que acepta esa máscara hipócrita renuncia a vivir más de lo que permiten sus cómplices. Hay, es cierto, otra forma de modestia, estimable como virtud legítima: es el afán decoroso de no gravitar sobre los que nos rodean, sin declinar por ello la más leve partícula de nuestra dignidad. Tal modestia es un simple respeto de sí mismo y de los demás. Esos hombres son raros; comparados con los falsos modestos, son como los tréboles de cuatro hojas. Fracasados hay que se creen genios no comprendidos y se resignan a ser modestos para complacer a la mediocracia que puede transformarlos en funcionarios; y son mediocres, lo mismo que los otros, con la cataplasma de la modestia sobre las úlceras de su mediocridad. En ellos, como sentenció La Bruyère, “la falsa modestia es el último refinamiento de la vanidad”. La mentira de Tartarín es ridícula: pero la de Tartufo es ignominiosa.

Adoran el sentido común, sin saber de seguro en qué consiste; lo confunden con el buen sentido, que es su síntesis. Dudan cuando los demás re-suelven dudar y son eclécticos cuando los otros lo son: llaman “eclecticismo”, al sistema de los que, no atreviéndose a tener ninguna opinión, se apropian de todo un poco y logran encender una vela en el altar de cada santo. Temerosos de pensar, como si fincasen en ello el pecado mayor de los siete capitales, pierden la aptitud para todo juicio; por eso, cuando un mediocre es juez, aunque comprenda que su deber es hacer justicia, se somete a la Rutina y cumple el triste oficio de no hacerla nunca y embrollarla con frecuencia.

El temor de comprometerse les lleva a simpatizar con un precavido escepticismo. Bueno es desconfiar del hipócrita que elogia todo y del fracasado que todo lo encuentra detestable; pero es cien veces menos estimable el hombre incapaz de un sí y de un no, el que vacila para admirar lo digno y execrar lo miserable. Temerosos de juzgar por sí mismos, se consideran obligados a dudar de los jóvenes; pero ello no les impide, después de su triunfo, decir que fueron sus descubridores. Entonces les prodigan juramentos de esclavitud que llaman “palabras de estímulo”; son el homenaje de su pavor inconfesable. Su protección a toda superioridad ya irresistible, es un anticipo usuario sobre la gloria segura: prefieren tenerla propicia a sentirla hostil.

Hacen mal por improvisación o por inconsciencia, como los niños que matan gorriones a pedradas. Traicionan por descuido. Comprometen por distracción. Son incapaces de guardar un secreto; confiárselo equivale a ocultar un tesoro en caja de vidrio. Si la vanidad no les tienta, suelen atravesar la penumbra sin herir ni ser heridos, llevando a cuestas cierto optimismo de Pangloss. A fuerza de paciencia pueden adquirir alguna habilidad parcial, como esos autómatas perfeccionados

que honran a la juguetería moderna: podría concedérseles una especie de viveza, adivinanza del ser y del no ser, intermediaria entre una estupidez complicada y una travesura inocente. Juzgan las palabras sin advertir que ellas se refieren a cosas; se convencen de lo que ya tiene un sitio marcado en su mollera y se muestran esquivos a lo que no encaja en su espíritu. Son feligreses de la palabra; no ascienden a la idea ni conciben el ideal. Su mayor ingenio es siempre verbal y sólo llegan al chascarrillo, que es una prestidigitación de palabras; tiemblan ante los que pueden jugar con las ideas y producir esa gracia del espíritu que es la “paradoja”. Mediante ésta se descubren los puntos de vista que permiten conciliar los contrarios y se enseña que toda creencia es relativa al que la cree pudiendo sus contrarias ser creídas por otros al mismo tiempo.

La mediocridad intelectual hace al hombre solemne, modesto, indeciso y obtuso. Cuando no le envenenan la vanidad y la envidia, diríase que duerme sin soñar. Pasea su vida por las llanuras; evita mirar desde las cumbres que escalan los videntes y asomarse a los precipicios que sondan los elegidos. Vive entre los engranajes de la Rutina.

Fuente: José Ingenieros, *El hombre mediocre*. Grupo Editorial Tomo, México. pp. 71-75.